





FRANCISCO JOSÉ SANCHIS MORENO

Los demasiados papeles: reflexiones de un investigador¹

Una vez que hemos tomado la decisión o reconocido la necesidad de ampliar nuestro conocimiento sobre un hecho, un suceso, una persona o periodo más allá de lo que otros a través de sus libros o artículos nos dicen sobre el tema de nuestra reflexión, nos encontramos con que la única vía posible que nos permite satisfacer esta necesidad humana de saber más sobre algo o alguien, o tratar de responder a una pregunta que antes nadie se ha planteado en torno a algo que ha ocurrido o sobre alguien que ya ha vivido, es la del archivo. La persona que quiere investigar en un archivo histórico, e incluso en uno administrativo, se acerca con un cierto temor al mismo, casi con reverencia ante la ingente información y el conocimiento del pasado y del presente que debe custodiarse en ese lugar de acceso prohibido para los investigadores que es el depósito del archivo, lo cual no deja de recordar las partes más sagradas del templo en el mundo antiguo, que se hallaban vedadas a los no iniciados en el sacerdocio; aquí el dios es el Conocimiento y sus sacerdotes los archiveros.

Esta dualidad entre iniciados y no iniciados se halla presente desde el primer momento en el que el usuario entra en contacto con el archivo. En su primer encuentro con el personal técnico del mismo uno anuncia su deseo de acceder a los documentos que allí existan sobre tal o cual fenómeno, materia o persona. Nuestro receptor trata de averiguar rápidamente si nuestra aproximación al archivo va a ser esporádica o pretende ser continuada, cual es nuestra formación y si esta nos capacita para acceder a los documentos. Si íbamos a consultar el pasado con asiduidad desde ese archivo se nos extendía tradicionalmente un carnet de investigador, que automáticamente nos elevaba a la categoría de iniciados.

Las reminiscencias del pasado hacían, en multitud de ocasiones, que uno por sí mismo no bastara para alcanzar esta categoría y en todos aquellos centros de archivo que poseían un rancio abolengo se exigía que la solicitud de este carnet fuera apoyada al menos por una carta de presentación de un catedrático universitario, un miembro de la Real Academia de la Historia... En el Tercer Milenio y en una sociedad caracterizada por la competitividad resultaba cuanto menos paradójico que lo que capacitaba a una persona no era tanto su formación o su experiencia, pues nadie te pedía que fueras licenciado o doctor, sino que contaras con el respaldo de algún elevado miembro de la casta de los investigadores reconocidos institucionalmente que avalara tu entrada al clan de los iniciados en ese archivo. A esta incongruencia se sumaba un nuevo sinsentido que hacía la situación todavía más absurda, si ya contabas con algún otro carnet de investigador, o varios de ellos, que te capacitaban para investigar en otras redes de archivo estos normalmente no te servían para el centro de archivo en el que te encontrabas en este momento.

Han sido necesarios 26 años de Democracia, para que un gobierno reconozca este derecho a sus ciudadanos y residentes, por el mero hecho de serlo, sin necesidad de avales. Espero que no se produzcan resistencias a este cambio democrático, que además es signo de la modernidad de la que tanto se hace gala. Es curioso ver como de incongruente era publicitar nuestros fondos y servicios empleando la red y las telecomunicaciones, para finalizar exigiendo una carta de presentación, pertenecer a una universidad, etc. si deseabas examinarlos *in situ*.

El acceso a los documentos, a la información que encierran en sus líneas y a la que destilan entre líneas, se realiza en la sala de lectura o de investigadores. Teniendo en cuenta la ingente información y los innumerables documentos que se encuentran protegidos en el depósito, este logro, que supone conseguir poner de manifiesto ante nuestros ojos algunos de los miles de documentos que permanecen intangibles entre sus muros, se consigue a través de la consulta de los ficheros o de las bases de datos. Esta primera fase de aproximación a nuestro objetivo, es sin duda una preparación previa y necesaria para acceder en las mejores condiciones al conocimiento que implica la lectura de los documentos. Es por ello que suponen una especie de sala hipóstila donde el Conocimiento, nuestro

dios, nos recibe y nos pone de manifiesto todo lo que allí podemos encontrar. Tras el paso por estas famosas salas de ficheros o de consultas se consigue que del interior del archivo salgan con cuentagotas unos cuantos legajos y libros, pero sólo los que explícitamente pedimos, y siempre queda el presentimiento de que entre sus muros se halla aquel documento, aquel libro que necesitamos para avanzar en nuestra investigación y con el que no hemos dado.

Entre los documentos que nos sirven suele suceder que unos se leen con dificultad por su estado de conservación, otros no cumplen nuestras expectativas de información, en otros la letra del escribano es infernal... Estos intentos fallidos nos hacen sentir mal, pero casi compulsivamente nos invitan a pedir otra remesa de privilegios, protocolos..., que muchas veces ya sabemos que no nos van a añadir nada nuevo, pero... ¡y si no es así!. El investigador no es capaz de tener al alcance nuevos documentos y negarse a leerlos, al menos les dará un vistazo rápido. Un legajo no controlado es un posible "triunfo" dejado perder, es un fraude moral a nuestra investigación y a nuestros futuros lectores, porque no nos engañemos investigamos para escriturar nuestros resultados, o lo que es lo mismo, desentrañamos el pasado más lejano o más reciente mediante la lectura de muy diversos documentos que fueron escritos en su día, para posteriormente escribir nuestras teorías o hipótesis, las cuales de nada sirven si finalmente no son nuevamente leídas por terceros. El ciclo escritura-lectura se ejecuta de forma inexorable y da lugar a un bucle continuo en el tiempo que parece no tener fin.

El investigador sabe que no está solo, pues la sala de investigadores se halla normalmente bastante concurrida, pero en el momento en que se le sirve la documentación que ha pedido y comienza su trabajo de investigación se impregna de una soledad absoluta, de un aislamiento necesario que le permita llevar a cabo su experimentación de una manera íntima, pues sus ideas y sus proyectos han de encontrar aquellos datos que las sustenten. Este aislamiento sólo se rompe momentáneamente como consecuencia de alguna silla que se arrastra, de algún novicio en la investigación que pregunta algo en un tono que supera al susurro y que evidentemente es objeto de miradas de reprensión que le aleccionan para futuras jornadas de trabajo.

Además el estudioso es consciente de que no todos los que le rodean en la sala deben ser considerados del mismo modo. El resto de compañeros que bucean en el pasado tienden a ser solidarios contigo, cuando encuentran datos y referencias que no les son de provecho y saben que pueden ayudarte. Pero la situación es bien distinta cuando los temas de búsqueda son parejos o se entrecruzan, entonces las verdades a medias, las ocultaciones e incluso la desinformación del "contrincante" están a la orden del día. La exacerbada competitividad y la necesidad de cupos de publicaciones por parte de muchos estudiosos para mantenerse en el Olimpo de los historiadores dan lugar aquí, como en todas partes, a actuaciones lamentables y a enfrentamientos inmisericordes.

Un momento de descanso en la lectura de los documentos nos permite contactar con los compañeros de fatigas investigadoras, mientras tomamos un café rápido o nos fumamos un cigarrillo, y ponernos así al día de los rumores y certezas confirmadas que corren por los mentideros universitarios y de los departamentos culturales en general. Ciertamente esto de criticar los logros de los ausentes y regodearse de los fracasos ajenos, que podemos calificar como el deporte nacional o universal de los señores investigadores, puede hacerse en multitud de sitios, pero el archivo, al igual que los congresos, es el lugar de encuentro con aquellas personas que uno no se cruza diariamente y por ello nos pueden ofrecer noticias frescas que desconocíamos o bien nosotros podemos difundir aquellas de las que somos sabedores.

Los comentarios críticos no tienen por qué circunscribirse únicamente al ámbito universitario. Estos momentos de relax y expansión son aprovechados también para la puesta en común de las injusticias de las que son objeto en su empeño de desentrañar el pasado por parte de los profesionales del archivo. Muchas de las críticas tratan sobre que en sus conferencias y publicaciones los archiveros señalan a menudo la necesidad de planificar el archivo como servicio, en lugar de cómo edificio. Esto supondría que recursos y servicios estarían presentes en las mesas de trabajo de los usuarios en sus casas o en los centros de estudio o investigación. Así las distancias, los transportes, los horarios y las discapacidades no condicionarían el acceso documental. Pero en la práctica los investigadores con lo que nos encontramos son uno o varios meses para obtener la reproducción de documentos, o incluso la negativa a su acceso o reproducción por mal estado de conservación y sin una fecha prevista para su restauración. ¿No habría que asegurar este acceso básico, antes de planear otros accesos virtuales?

Un personaje clave en el desarrollo del proyecto de investigación es el del responsable de sala. De la armonía de tus relaciones con él, del *feeling* entre ambos, depende en buena medida que la investigación sea más sencilla y que pueda hallarse algún dato recóndito o desconocido que se guarda en ese *sancta sanctorum* de la memoria del pasado: el depósito. El archivero conserva en su cabeza toda una serie de información sobre el proceso histórico que ha dado lugar al fondo documental, sobre las instituciones generadoras, etc. que puede serte de gran utilidad. Él puede ser el que nos descubra un atajo para nuestro estudio, es el guía que interpreta los rastros que permiten escoger el sendero adecuado dentro de ese Todo laberíntico que es un archivo, reflejo de la actividad de una sociedad a lo largo de los siglos. Algunos se confunden al pensar que es un simple guardián del conocimiento, o lo que es todavía peor un dispensador de documentos. El archivero es el mediador entre la información que atesora el depósito y nosotros los usuarios, él es el responsable intelectual de los instrumentos que describen los fondos (catálogos, inventarios...) y el que puede darnos una información personalizada para nuestras necesidades concretas, por ello bien podría aplicársele el calificativo de constructor de procesos de información.

No obstante siempre nos queda ese resquemor de que nos oculta algo, que no nos dice todo cuanto sabe, especialmente si no somos investigadores de reconocido prestigio. Esta sensación de ser tratados con diferente rasero es común a todos los usuarios del archivo y especialmente es constatable cuando aparece en la sala de investigadores un historiador eminente procedente de una universidad extranjera ¡Qué bien te tratan cuando, además de famoso, eres extranjero!

En este archivo en el que sus innumerables libros, legajos, pergaminos y papeles lo convierten en un laberinto que supera al diseñado por Dédalo, no es posible adentrarse con garantías de triunfo si no es a través de los instrumentos de guía que categorizan, clasifican y describen este marasmo de unidades documentales. Entre los vericuetos de este laberinto no sólo existe un Minotauro, sino dos: la Impericia y la Impaciencia. Estos son los dos monstruos que se alimentan de investigadores poco experimentados que se internan en sus pasadizos sin la preparación adecuada. Exclusivamente aquellos que encarnan a un Teseo de nuestros días lograrán atravesarlo con éxito, siempre y cuando a sus mimbres de héroe griego añadan la inestimable ayuda de una Ariadna, ya sea esta el archivero, los inventarios, la guía..., pues únicamente con sus manos y su mente nada puede frente al laberinto con sus Minotauros.

Dejando de lado ahora las consideraciones de los demás, los investigadores se dividen en dos grandes grupos: el investigador profesional o *first class*, que es aquel al que no afectan las dificultades que presentan los documentos, ni la ausencia de resultados positivos en los primeros momentos; él continúa consultando más documentos sin perder su aplomo, a lo sumo procede a una progresiva reorientación del proyecto inicial. En cambio el investigador *amateur* poco a poco ve minado su entusiasmo inicial ante cada nueva remesa de papeles y pergaminos que aportan nuevas decepciones y nuevos autoreproches fruto de su falta de preparación y conocimientos para desentrañar su contenido, situarlo en su contexto adecuado y evaluarlo correctamente.

Todo esto conduce a la idea paradójica de que los usuarios nos afanamos en la lectura de unos documentos que no fueron escritos para ser consultados por nosotros, o mejor por un público en general. A diferencia de los autores de ensayos, novelas, poesía... que escriben para ser leídos por el mayor número de personas posible, el autor de nuestros documentos de archivo escribe para un único destinatario, el receptor de una carta o de un documento administrativo, o incluso sólo por tener memoria de lo actuado o de lo que ha escrito, es por ejemplo el caso de los libros registro.

Estos restos de sociedades, personas e instituciones desaparecidas que son los documentos, nos hablan de sucesos y de hombres y mujeres del pasado en conversaciones entre sí, lo cual provoca en los investigadores que leen esta prueba material de dicho trasiego de información, la sensación de estar oyendo con los ojos, nos convierte en ese testigo invisible que se encuentra presente, o que es-

cucha detrás de una puerta una declaración judicial, un acto de cancillería, el relato de una revuelta, una declaración de amor...

A medida que nuestros dedos recorren el pergamino, el papel o la imagen del mismo ese suceso o esa conversación entre el emisor y el destinatario original se recrea, lo que nos convierte en una especie de mágicos restauradores de las sombras de un pasado que nos deja vislumbrar ese momento ya vivido por otros. Esto transmite al usuario del archivo esa emoción de acceder a un conocimiento reservado para el que inicialmente no tenía autorización. Todo lo cual cuadra perfectamente con la etimología del término archivo, pues de la misma raíz nacen vocablos como “arca” y “arcano”, que nos evocan conceptos relativos a ocultación, a dejar fuera de la vista de los no autorizados.

Esto nos conecta nuevamente con la idea de que como en los templos antiguos el depósito del archivo, el lugar donde se hallan los documentos, es de acceso restringido al personal del archivo. Ellos son los custodios que los extraerán para mostrarlos a los iniciados. No en vano los archivos nacieron en los templos y monasterios bajo la protección de los dioses, que amenazaban con los castigos más severos a aquellos que quisieran ver lo que no les estaba permitido. Nueva paradoja, pues estas arcas o archivos primigenios ocultan documentos, es decir los instrumentos que muestran o enseñan algo. Por tanto las funciones de custodiar los documentos, organizar la información y servirla a los legalmente autorizados a su consulta está presente en los archivos desde su inicio hasta nuestros días.

Para el investigador el archivo aparece así, como el lugar más apropiado para conocer el pasado y el presente, pues oculta en su seno los instrumentos que crean unas instituciones, unas personas, una sociedad para transmitirse información entre sí. Aquí encontraremos pues lo que esas personas, instituciones y sociedades han empleado para relacionarse, mientras que en una biblioteca hallaremos las visiones particulares, y por tanto subjetivas, de autores sobre sucesos o personas del pasado o del presente.

Esta muestra del vínculo indisoluble que nuestro presente tiene con el pasado, tan claramente reflejada en el archivo, refuerza en el subconsciente del lector el sentimiento de pertenencia a una comunidad al mostrarnos cómo nuestros antepasados lucharon, se organizaron, crearon... todo lo cual marca nuestro país actual. La actual forma de vida y de trabajo favorecen el aislamiento y la alienación social. Esta pérdida de contacto visual y físico reduce la capacidad de respetar las diferencias de los demás, dificultando el civismo, la tolerancia, a la vez que diluye las señas de identidad de la comunidad. Pero el archivo relaciona silenciosa y subliminalmente a los usuarios entre sí a través de la revelación de ese pasado común que los une y los hace constituirse en una comunidad diferenciada de otras. Los fondos les mostrarán la diversidad social y de procedencias, pero también todos aquellos elementos que les unen y les constituyen como comunidad. Es esta identidad comunitaria la que da a las personas un punto de referencia y crea una sensación de pertenencia.

El investigador es consciente de que el Pasado se nos muestra en el archivo, pero no siempre de forma ingenua e inocente, puesto que excluyendo a los registros públicos los archivos no aseguran la veracidad de los contenidos de los documentos individuales, simplemente dan fe de la autenticidad de los documentos que guardan. Autenticidad basada en su custodia continuada entre sus fondos y en una serie de características y elementos (tipos de papel, tintas, escritura, marcas, sellos...). Si la información que nos muestra el documento es veraz, o por el contrario se trata de una falsificación redactada en la época, o es un documento que simplemente recoge una declaración falsa, etc. será una cuestión que deberemos resolver como estudioso a partir de nuestro conocimiento de todas estas características y elementos que dan autenticidad al documento, mediante el conocimiento de otros documentos semejantes del mismo momento y a través del conjunto de datos sobre la persona, proceso o época que se investigue.

El tiempo en el que el investigador tomaba asiento en la sala de investigadores armado exclusivamente con su carnet de investigador, unos folios, sacapuntas y un lapicero ha pasado a la memoria colectiva de los que estamos vinculados a este mundo de los archivos. Ahora el investigador que se precie, a no ser que pertenezca al sector de los grandes dinosaurios en extinción, viene acompañado de su ordenador portátil. Este se convierte en nuestro cuaderno de laboratorio donde anotamos nuestras observaciones en el momento de la experimentación (en nuestro caso la lectura de los documentos). Alcanza, pues, la categoría de pieza clave del instrumental para nuestra práctica profesional. Este documento que abrimos en nuestro portátil y que cumple el papel del tradicional cuaderno de laboratorio no hay que olvidar que tiene un carácter íntimo, privado, ya que en él volcamos datos, observaciones, impresiones, llamadas a tareas que deberán ser realizadas en un futuro próximo... En él encontraremos las sensaciones vinculadas al proceso investigador puesto que de alguna forma quedan reflejados, ya sea en el lenguaje empleado, en el mimo que se da a la *mise en page...*, el entusiasmo de los descubrimientos, las decepciones por la falta de datos, o la rutina de determinadas fases de la búsqueda. Este documento-cuaderno de laboratorio es la cantera donde se hallan los datos y las informaciones en estado bruto, por ello precisan de una reelaboración, de una compilación, de un reagrupamiento, procesamiento y redacción que los conviertan en documentos públicos, es decir, en artículos o libros.

Esto no deja de ser curioso, puesto que si bien es cierto que el ordenador ha sustituido al papel, también lo es que lo que finalmente queda de nuestra investigación se imprimirá normalmente sobre soporte papel y que todas las fases anteriores de escrituración de nuestra tesis, que se han realizado sobre soportes digitales, se pierden por reescrituración o quedan en el ámbito privado del autor. No obstante la implacable evolución tecnológica hace cada vez más frecuente que esta *versión definitiva* aparezca también o exclusivamente en formato electrónico.





Innegables ventajas presenta la publicación a través de la red de redes, pero permítanme señalar que hoy por hoy, aún posee unas desventajas muy significativas: un libro electrónico no es algo con lo que uno se iría a la cama. Si además el texto electrónico se acompaña de multimedia parece que invita mucho menos a pensar que el libro en papel, en el que la lectura es un acto mucho más íntimo en el que las palabras escritas al ser leídas muestran destellos de imágenes y evocan metáforas que adquieren significado a partir de la imaginación y de las propias experiencias del lector. El mundo web parece un mundo de información y comunicación, pero para mí el lenguaje no es sólo instrumento del comunicar, sino también del pensar y lo que caracteriza a este es precisamente que no necesita del ver.

Esta publicación en papel o en formato electrónico gozará de nuestra aprobación para su consulta y en definitiva estará integrada por los datos que el autor incluyó en su cuaderno de laboratorio, más el trabajo de crítica y contextualización que nos permitirán escoger las informaciones adecuadas, interpretarlas de forma correcta y expresarlas con una acertada redacción que haga comprensible los fenómenos, procesos, o circunstancias que deseamos transmitir.

Otra cuestión que me voy a limitar a señalar es que todos somos sabedores de que cuando publicamos un libro científico sobre un tema histórico no es realmente nuestra versión definitiva, sino simplemente nuestra contribución a fecha de hoy, pues el investigador-autor de la misma sabe perfectamente que una investigación nunca está finalizada y que llegado un momento aplica una política de Punto-Final temporal o no. Se cierran las investigaciones, se estructuran los datos, se formulan tesis, se tratan de demostrar..., pero siempre quedaban caminos en la investigación que no se siguieron, quizás porque de haberlo hecho el propio proceso de búsqueda y análisis de los datos hubiera derivado en prácticamente inacabable. Aunque esta decisión es, sin duda alguna, racional y meditada por parte del autor en su fuero interno siempre queda esa llama encendida de que la ruta no escogida, es un camino que él mismo o alguien debiera seguir en un futuro.

Otra cuestión es la de conseguir una editorial o institución que nos publique nuestro trabajo y entonces comienza otra fase de la investigación, que es la de hacer uso de los contactos que uno ha ido haciendo durante el paso de los años y comienza el ir ofreciendo nuestro estudio, ahora ya plasmado en un documento de varios cientos de páginas o folios. Circunstancia que nos aproxima, y más si uno busca una beca de investigación, a aquellos artistas e intelectuales del Renacimiento necesitados de un mecenas que les financiara un proyecto artístico o científico, o simplemente les asegurara un digno nivel de vida mientras se dedicaban a sus creaciones o elucubraciones. La sospecha que subyace en multitud de ocasiones es si la aceptación o rechazo de nuestro libro por parte de estos patrocinadores-mecenas no se basa cuanto debiera en la calidad del proyecto o del trabajo, sino en el nombre de los que lo firman y de sus contactos.

Como historiador no puedo dejar de pensar que los documentos digitales invitan a la pérdida de una fuente informativa de gran valor, las tachaduras. Digo invitan porque todos sabemos que permiten guardar versiones consecutivas de los documentos, pero también somos conscientes que más allá de la necesaria copia de seguridad que por razones de supervivencia investigadora uno realiza cada cierto tiempo, la práctica hace que no se guarden de forma separada versiones de un mismo documento, sino que se reescriban. Estas tachaduras que quedaban siempre visibles cuando los procesos de investigación eran manuscritos pueden ser de dos tipos: las que denotan un error de transcripción de una palabra o cifra y que obviamente son las menos importantes, y las que se hallan vinculadas al proceso intelectual. Estas nos hablan de lo que hemos pensado al leer este o aquel documento, de las conexiones iniciales que se han producido en nuestro interior y que posteriormente, a veces casi inmediatamente, hemos descartado, de las reelaboraciones de las frases en posteriores relecturas del texto inicial...

Los investigadores vemos como en el archivo el paso del tiempo no convierte en obsoletos a los documentos, muy al contrario, el fluir del tiempo les aumenta su valor y paralelamente modifica a su usuario. Poco a poco dejan de ser consultados por los productores o receptores originales, para pasar a ser leídos por esos buceadores del pasado ávidos de datos sobre una persona o campo del conocimiento, que son los historiadores profesionales o de vocación. En unos casos encontramos historias tristes que nos hablan de injusticias, crímenes..., que como ya he señalado a medida que son leídas por nosotros se recrean de alguna manera en nuestra mente, en otros lo hallado nos transporta a relaciones amorosas, intelectuales..., y finalmente otros nos muestran datos “asépticos”, tales como compra-ventas, solicitudes... Los investigadores sabemos de la importancia de estos datos asépticos que unas veces permiten situar a un personaje en un momento o lugar, o que junto a otros similares hacen posible trazar un perfil de la persona investigada, etc.

Sin duda, otro de los grandes misterios y a la vez de los grandes atractivos del documento es que el conocimiento se consigue no sólo de la información que encierran las palabras escritas en ellos, tanto las escogidas como las desechadas, o de lo que se deja entrever aunque expresamente no se señale, sino que también los trazos que conforman las palabras y los signos que se inscriben en los mismos nos hablan de las personas que los escribieron. Por ellos sabemos su formación gráfica e intelectual, su edad aproximada, si padecen dolencias que afectan a su capacidad escrituraria... Toda esta riqueza informacional está en peligro de extinción paradójicamente en la Sociedad de la Información, que superó el primer estadio del documento impersonal que supuso ya en su día la mecanización, para basarse en cuestiones como la necesidad de normalización documental y la firma electrónica. Nuestros actuales documentos administrativos, y en buena medida muchos de los privados, no hablan ya de nosotros más allá de lo que nosotros de-

cimos expresamente, simplemente rellenamos campos de un formulario o escogemos entre formularios estandarizados.

El temor del investigador es siempre el de dejarnos llevar por nuestros deseos y acabar mostrando una imagen deformada y falseada de ese tiempo transcurrido que nos habla a partir de datos sueltos, que nosotros conectamos *a posteriori*. El objetivo es, por tanto, tratar de evitar, y permítanme el paralelismo, construir una ermita con piedras procedentes de un templo romano y afirmar que la ermita es romana; las piedras y mármoles (en nuestro caso los datos) lo serán, pero el resultado nada tiene que ver con la religiosidad del mundo clásico.

Karl Popper en *Los libros y el milagro de la democracia* asegura que la cultura occidental nace con la aparición del mercado del libro en la Atenas del siglo V a.C.: el libro comercial acaba con el libro sagrado, de éste último surgen los imperativos categóricos. A partir de entonces uno tiene en casa y a mano, lo que antes sólo existía en el templo. Otro de los principios que sostienen las democracias actuales es el de transparencia en la actuación de las Administraciones Públicas y el control social sobre esa actuación y ello sólo puede garantizarse mediante el acceso a la documentación de archivo. Esto genera otros usuarios-no historiadores, para los que cuanto más amplia sea esta política de acceso, más fácil será aplicar ese control social y mayor la transparencia; todo ello sin menoscabo de la defensa de la intimidad de las personas. Por supuesto este binomio deseo de información-intimidad provoca desajustes con los intereses de los usuarios que centran su campo de estudio en el pasado más reciente.

A medida que el tema de estudio se aleja en el tiempo, el volumen de documentos conservados que le afectan se reduce paralelamente, llegándose en multitud de ocasiones a conjeturar basándose en un único documento, y por supuesto maldecimos nuestra mala suerte. Si por desgracia toda la información documental sobre cualquier soporte en torno a un suceso, personaje o acontecimiento ha desaparecido como consecuencia del devenir histórico, este no existe, porque no es posible recrearlo.

Nuestro estudio científico se basa en la interpretación de unos trazos que se nos han conservado y cuando no existen se deriva a la invención, que no es más que crear algo que antes no existía. Este es uno de los peligros que acechan a los investigadores. Todos hemos sido tentados por estos cantos de sirena que permiten solucionar tantos problemas en el campo de la investigación y alguna vez hemos acabado por dar rienda suelta a nuestra imaginación, lo que implica que nuestra investigación científica se ve “infectada” en aquellos puntos en los que no ha quedado rastro alguno en las fuentes por ese virus que es la creación literaria, que todo lo puede explicar. Esto en sí mismo no parece deshonesto, pues se presenta como la solución adecuada para mantener un hilo discursivo coherente con la teoría o tesis que queremos transmitir. Lo peligroso es cuando esta creación literario-histórica es la piedra angular sobre la que se basa nuestra tesis

y como verdaderos embaucadores tratamos de disimular la falta de argumentos que la sostienen mediante la utilización de exagerados párrafos de citas y bibliografía que de hecho no sustentan lo que pretendemos dar como cierto, sino que hablan del contexto histórico en el que se enmarca el suceso o la temática del estudio.

Cuando la proximidad temporal y/o las circunstancias históricas han permitido la conservación de multitud de documentos, también nos acordamos del argelino Ibn Jaldún, que en el siglo XIV dijo “Los demasiados libros sobre un tema hacen difícil estudiarlo”, que nosotros trasladamos a “los demasiados documentos sobre un tema hacen difícil estudiarlo”. Si a esto se añade que la humanidad publica un libro cada medio minuto, nuestra capacidad de estar al día y dominar un tema es cada vez más ilusoria, pues como bien dice Gracián “Es mucho el saber y poco el vivir”. Aceptando esta ignorancia, a la que podemos calificar de sabia cuando intentamos una adecuada formación para escudriñar el pasado con conocimiento de causa, no debemos sumergirnos en la melancolía, puesto que nuestros microéxitos nos recompensan y el anhelo satisfecho de poder deslizar nuestra ávida mirada sobre el documento tantas y tantas veces deseado y finalmente encontrado, sólo puede ser entendido en su justa medida por aquel que padece, como yo, este “mal” de la investigación del pasado.

Otra cuestión a tener muy en cuenta es el objeto final de esta investigación histórica. Es esperanzador el hecho de que se haya superado el concepto de Patrimonio Histórico-Artístico, porque parece innegable que lleva vinculada una valoración estética, o de documentos de gran relevancia por su contenido, en favor del de Patrimonio Cultural, puesto que la inmensa mayoría de los objetos que integran el patrimonio tienen muy poco de “bonitos”, especialmente los que podemos encontrar en el archivo. Pero el Pasado es algo más que el Patrimonio, este no deja de ser una reunión de cosas u objetos inertes, mientras que el Pasado integra estos objetos dentro de un conjunto de gentes y vinculaciones de todo tipo que derivan en la actualidad, en nuestro hoy cotidiano. El Pasado no existe sin investigación e interpretación, los objetos, los documentos... no son por sí mismos el Pasado, aunque procedan de él.

La pregunta que vienen haciéndose los historiadores desde hace mucho tiempo es doble ¿qué investigamos realmente y para qué?. Muchos argumentan que el objeto de nuestro estudio es fijar una memoria colectiva de nuestra sociedad. Esto la verdad parece fácilmente abierto a manipulaciones ideológicas y por tanto presenta un gran peligro científicamente hablando. Si nuestra finalidad es documentar el Pasado para comprenderlo en sí mismo, creo que nos quedamos en el primer estadio de nuestra misión. El punto final debe ser no tanto conocer las sociedades del pasado más remoto o más próximo, puesto que fácilmente podría argumentarse que estas son nuestra misma sociedad en un estadio evolutivo anterior, y por ello lo que debiera primar en nuestra investigación es llegar a las actitudes, a los hombres, a los sucesos y a los procesos que han hecho evolucionar

a estas sociedades transformándola hasta llegar a la actual, con sus virtudes y sus defectos. Así el fin de la Historia no debiera ser otro que el de mostrar cuándo, cómo y de qué manera la sociedad ha ido evolucionando hasta nuestros días, para determinar las causas y el origen de determinados fenómenos que nos afectan aún hoy, o que se dieron en algún momento y luego desaparecieron y que, ahora sí, nos pueden servir en el presente recuperando su conocimiento en la memoria colectiva.

El objetivo de la Historia no debe ser otro que utilizar el conocimiento del pasado no como finalidad, sino como medio para entender el presente, la utopía de nuestra profesión o devoción es sin duda alguna lograr que a través de la Historia, así entendida, se consiga despertar una conciencia crítica en nuestra sociedad al ofrecer al conjunto de los ciudadanos los instrumentos y los datos contrastados (aunque revisables pues estamos en una ciencia social) que le permitan formar una opinión fundada sobre muchas de las cosas que nos afectan en la actualidad y así poder actuar y modelar nuestro futuro; por tanto nuestros actos cotidianos forman la historia. Pasado, Presente y Futuro se hallan vinculados indisolublemente por esta Ciencia que llamamos Historia y que muchos quieren postergar sólo a los tiempos antiguos. Esta ciencia, no lo olvidemos, tiene uno de sus pilares básicos en el hecho de disponer de unas fuentes archivísticas no manipuladas por las sociedades posteriores y que le permiten asomarse a retazos de ese Pasado que no se encuentran deformados por el paso del tiempo o reinterpretaciones de otros.

Notas

¹ La idea inicial y el título de estas líneas nace tras la lectura del ensayo de Gabriel Zaid *Los demasiados libros*.

VAPORES DE PINILLOS, IZQUIERDO Y C^o



Para Islas Canarias

HABANA,

CIENFUEGOS,

Progreso, Veracruz y Tampico

Saldrá de CADIZ el día 22 de MAYO
el vapor

PIOIX

capitán **D. José Zubiño.**

ADMITE PASAJEROS Y CARGA

SIN TRABORDO para dichos puertos

Informarán sus Armadores

PINILLOS, IZQUIERDO Y C^o

Plaza de San Agustín n.º 2 CADIZ

